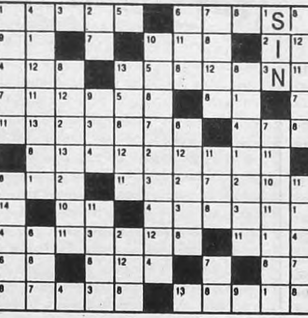
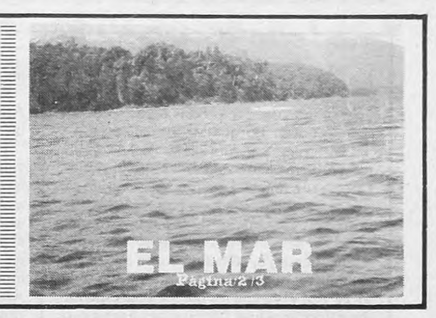
# CRUCIGRAMA EN CLAVE

**Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.**



## SOLUCION VIERNES

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| C | E | L | I | B | A | T | O | ■ | C | R |
| ■ | M | A | N | E | R | A | ■ | A | L | E |
| R | I | V | A | L | ■ | C | E | D | E | S |
| A | T | E | N | ■ | P | I | L | O | R | O |
| D | E | ■ | I | M | I | T | A | R | O | N |
| I | ■ | E | M | A | N | A | B | A | ■ | A |
| C | O | M | A | T | O | S | O | ■ | E | R |
| A | C | U | D | A | S | ■ | R | E | M | O |
| B | A | L | A | R | ■ | B | A | L | I | N |
| A | S | E | ■ | A | R | A | R | A | T | ■ |
| N | O | ■ | U | S | A | R | E | M | O | S |




# Verano/12

# VIRGO

◢ *(Por Rosa Montero)* De todos es sabido que los millonarios norteamericanos son una subespecie humana de excentricidad notoria, que tan pronto trasladan piedra a piedra un castillo medieval a los llanos tejanos como regalan a los hijos de los contras una partida de metralletas de juguete. Pues bien, uno de estos seres pintorescos, un magnate italoneoyorquino llamado John La Corte, instituyó un emotivo premio a la virginidad. Todas aquellas chicas que vivan en Nueva York y que hayan cumplido 19 años con los bajos intactos pueden enviar un certificado médico a La Corte y recibir 1000 dólares como recompensa a su proeza. Con lo mal que anda la Bolsa últimamente, una hija con virgo se puede convertir así en una inversión más segura y rentable que las acciones de ITT. Imaginen la avidez de algunos padres, el encierro con que van a castigar a sus criaturas. La Corte, que tiene 70 años, ha creado una fundación para administrar este galardón a las membranas, en la cual ha invertido un capital inicial de 100.000 dólares. Siempre me ha pasmado el valor que ciertas gentes conceden a esa enojosa telilla interior, a esa piltrafa orgánica.

La fundación se llama *Instituto por un Mundo Mejor*, lo cual tiene bemoles. La Corte posee una extraña idea de lo que significa *mejorar*. Asegura el hombre que su intención es combatir la maternidad adolescente y el aborto, y se ve que el pobre desconoce que existe la posibilidad anticonceptiva. La cantidad de condones que podrían comprarse con 100.000 dólares.

Ya es triste que, con la mucha calamidad que nos rodea, el señor La Corte haya decidido desperdiciar su filantropía en tal gansada. Imaginen ustedes la proliferación de calentones que el premio acarreará, y ese sexo tan triste y guarringondo de hacerlo absolutamente todo y no hacer nada. O sea, lo de toda la vida. Y es que, como casi todos los potentados que en el mundo son, el señor La Corte utiliza su dinero para intentar que todo siga siendo como siempre.

# AL MA

**_Por Miguel Briante_**

Morir siendo el de los botes, no. En lo de Arispe, en todos lados, el de los botes. Porque un día hacía falta y crucé. La señora dijo: es el de los botes. Hubiera dicho: es el de las inundaciones. Que no son tantas. Una por año, en todo caso y al frío y al miedo los tapan el apurón, los gritos, las ganas de salvarse a uno mismo.

No. El de los botes. Aquí ando, cruzando peones como yo, con el río como esté. Manso, aburre. El miedo es mejor. Cuando es alto, el río, y tira con fuerza, está esa esperanza: ir a parar al mar. Muerto, igual vería otra cosa, había ese olor. Habría, nunca estuve, todo más ancho, ese olor.

Me ataron al río y la caballa está corriendo sola y sin querencia por el cuadro grande. La veo, pero no hay yegua que se me arrime desde que soy el de los botes y mis botas serán de goma o no serán. Por si cualquiera quiere cruzar me lo paso solo en la orilla y a veces me voy de mí mismo, hablo con otro hablar. Me cuido pero sabe aparecer, clarito, ese alambre como gancho a la espera, entre los pilotes del puente. Gancho y clavo de un mal.

La señora manda, desde ese día, en mi cabeza. Para los botes va a ser. Así que no hay destino. Encerrado entre dos barrancas, por el agua, nada más. Sé que más arriba el río pasa a ras del campo y yendo se ven las casas, los pueblos. De acá, no. El bote y uno. El de los botes dijo la señora, y los botes con un solo bote, casi verde de abajo, sin otras señas. Hay días en que se va el día en mirarlo, en medir la tranquilidad que tiene el río para ir haciéndolo otra cosa, ni leña, y el bote viene a ser uno, que no lo cuida, como si el río ya hubiera ganado. Ni leña o huesos. Con ver el agua lamiendo ya se ve lo que va a pasar: primero un esqueleto contra la tierra de la orilla y después algo para adivinarse enre el barro y nada, al final.

Atado al río, entre las barrancas y por el agua, salgo a la mañana. Antes se mojaban las alpargatas con el pasto y así me iba despertando. Ahora, con las botas, eso que iba subiendo de la tierra ya no pasa. Camino sin sentir nada y la yegua, lejos, ya ni me ve. Mejor. Un día, ni los alambres van a hacer pie en mi fuerza, río. Derecha la yegua, hasta el olvido.

Levanto los remos como siempre y sé que en algún lugar le dicen remos a las patas. De los caballos, de las yeguas. Yo fui de ésos: rastra, dos pares de botas, corralera y de carpincho. Unas, de descarne. Ahora estas botas se tocan y hacen un ruido. Un ruido a gomas que se tocan, como de pichón caído. Pasa en lo de Arispe, cuando se está callando en el truco, vigilando las señas todos callados. Viene el chillido y todos se ríen o hasta me adivinan un siete, el as. De a pie, sería otra cosa, que nunca fui. Pero ahora soy del agua, me lo pueden decir. Ser de a caballo es algo que todavía cuenta, por aquí.

Meto el remo en el agujero, espero. Pienso en esto de ser del agua. Si fuera taxista, por lo menos, y me pasara horas en la estación o en Las Violetas, a cafecitos, mi vida no sería esta vida. Llega alguien. No lo conozco, o lo conozco pero está muy cambiado. No sé quién, un forastero. O alguna como Elena Fuentes, cuando volvió del sur para poner ese quilombo y contagiar de sífilis a medio pueblo. Alguno que toma o no toma un taxi. Pero viene, yo le veo llegar, algo cambia en la vida del pueblo y en mi vida. Pero no, yo paso siempre la misma gente por el mismo agujero. Gente a la que se les puede saber los años y cómo van a ser los años que le quedan, como al bote.

En lo de Arispe, cuando no hay truco y se habla (y casi siempre es invierno, llueve), según yo sé, es igual. Nos podríamos contar la vida para adelante, cada uno a cada uno. Digo agujero por decir el río, el fondo de toscas, los bichos que se irán. Allá da vuelta el río y se termina el mundo, para mí.

Antes ese clavo, ese gancho y clavo del que mejor no hablar.

Ahora no fumo ni con las barajas, en lo de Arispe. Desde la mañana la cabeza da vueltas.

Envido. Ni señora ni yegua ni mujer. Envido. En lo de Arispe, donde se terminan las tardes, me gusta cantarlo en voz alta. No soy malo al truco y paso a la gente de orilla a orilla. La estancia tiene el río antes de llegar al pueblo y yo paso a la gente desde hace tantos años que ni me acuerdo. Desde aquella inundación. Me gusta el blanco, otra cosa. Ando de blanco en la mitad del río con esa faja negra, la de vasco. De orilla a orilla los días entran en los días, cada viaje. También cruzo muertos, cuando les toca. A uno, lo mató el caballo. Le pegaba, el pobre, al pobre, siempre a talerazos, y un día el caballo lo volteó y le mordió el cuello. Lo mordió y lo mordió. Salió en el diario y no miento. Miraba para arriba, muerto y sin saber que cruzaba el ruido del río, que a veces pasa sin hacerse notar.

Yo los paso. Yo, que fui peón. Ya ni hablo, o hablo con el río, mañero al oír. Los que cruzo hablan. Pero escucho, escucho. Medina, en esa sombra que le dio la ginebra, levanta pueblos. Se va a ir para siempre, qué joder, y en un lugar de nada va a meter una casa y de ahí va a salir un lugar que se llame Florencio Medina, un pueblo, y habrá nietos. Eso, en los días en que el Salado es tranquilo. Pero cuando el bote tiembla más de lo que se conoce en la costumbre, ellos tiemblan más. Se ven andando a golpes por las aguas y se verán ya lejos, como yo me miro a veces, en el mar.

Hay gente buena, al revés. Pintó en la sombra el Colorado y lo fueron trayendo de a poco. Cruz alta, patas para que el mundo no se termine nunca. Manso, a la vista, apenas si se le veía temblar el lomo, como si no se moviera. Pero dice que arriba era otra cosa. Quieto, de afuera, caballo; loco, en los huesos, sin hacerse ver. Se lo soltaron y todo lo que estaba ahí lo tuvo suelto. Pero el hombre lo pudo, al fin. Bajo, entre los gritos de la gente, en esa doma. Dijo que no. "Le gané porque me tomó cariño", dijo, "pero el premio no". Gente buena, ya se ve. Acá se contó.

Se bajan, se van yendo los ruidos de los que hablan y esté en la orilla en que esté el Salado sigue, río. Ahí, miro el agua. Yo vi pasar a un hombre atado con un alambre de púas, vaya a saber qué asunto. Iba tranquilo en la corriente, ya sin asco. Un opositor, seguro, porque hasta por aquí las cosas se saben. Se saben sin saber del todo, acá en las orillas. Son asuntos que no son de nosotros; el río viene de lejos, va. Acá todo está empezando, cuando pasa, y todo va a seguir. Hasta en lo de Arispe, donde a veces lo único despierto son las botellas. Quietas, las botellas muerden las almas, raspan más lejos de las marcas de las caras. Otro río brutal como el chancho sin cabeza viene de su manera de callar. Mirarlas, es matar el mar. Mejor no tantear esa raya. Sueños peores que acá en la orilla. Allá donde a veces lo único despierto son las botellas hay historias que empiezan y pueden terminar. En la orilla no. Aquí no y el que pasa pasa, como venga. Yo mismo me hago, a veces, que estoy pasando, con estar.

Tiemblan cuando el río tira, en las crecientes y hablan cuando no hay señal. Medina cree en boludeces. Pueblos desde la nada, nietos cruzados con estancieras, municipalidades con su nombre. El otro, Altamirano, va a lo seguro. Medina sabe que nunca se va a ir de acá y tiene atención con cada vaca, cada oveja. Altamirano pone una o dos vacas que son de él, en la parte que cuida, y ya tiene hasta para una camioneta. Yo, no. El bote. El bote, la señora que da la orden en mi cabeza me pide todos los días otra vuelta, y ya no lo miro igual. Si lo verde le gana la parte de abajo, si me lo han tocado. Marcas que ocurren en su madera. Alguien, de lo de Arispe, llega borracho antes que yo. Ahí me lo rayan, como que quieren escribir. Por eso vengo temprano.

O por los chicos, que a veces vienen a usarme el bote. Vengo temprano y a las dos horas, tres, cuando el sol pega en el río, se hunde la luz y algo viene del fondo, pegando. Lo que viene es siempre lo mismo, esas ganas de seguirlo, al río, hasta terminar. A las dos horas, tres, cae el primero. Me dicen que los cruce, como si no estuviera para eso. Les digo que para eso estoy.

Me subo al bote, empiezo con el remo. Nunca me olvido del agua que hay entre nosotros y la tierra. Los otros no hablan, pero también. De este lado y del otro y en el medio, mientras pasan las lisas, los surubíes —tiras de plata, refucilos—, un caballo sin hacer, una niebla en todo caso, respira desde la última tierra del río, ahí en la pobre arena, entre las piedras que aguantan las barrancas y llama, nos llama... Eso es lo que uno sabe. Y ellos se hacen los que no ven. De ahí mi indiferencia. Como un enano que nunca se muere andaré en el bote, manejando una sola raya, de aquí hasta ahí. He oído decir: "Callejón sin salida". Acá hay salida pero está en el mar. Pero yo cruzo el callejón de un lado a otro, una vida de andar cruzando, y nada más.

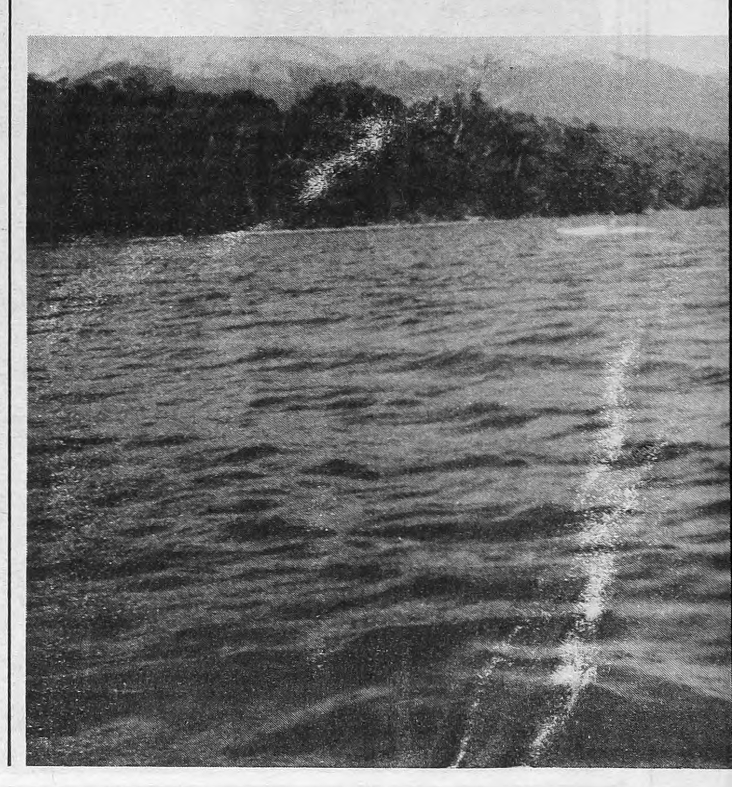
De aquí hasta ahí de ahí hasta aquí o al revés del revés. He visto cosas que dan miedo, cuando estoy solo, cuando cruzo borrachos. Más caballos que muerden a los hombres hasta matarlos, tembladerales de un lugar del que vuelve lo podrido: huesos para hacer casas, canciones nunca cantadas, historias que no dan perdón. Hemos comido palos de letrina dicen unos cantos en estos medio sueños del río, entre el agua. Las paredes de las casas están llenas de sangre, cantan las aguas y yo lo veo. Casas hechas de huesitos que se derrumban, secas de la carne. Veo y en los cantos algunas voces hablan de un dolor que no se podrá terminar. Quién arreglará nuestros días ahora, dicen los cantos, y cuando salgo es como si saliera de otro lugar, de historias que no son de acá, como las de ese hombre atado con alambres de púas, que iba para el final.

Dirán que la diferencia es que soy raro, pero si es así es del río. Del río, que hasta me hablé así. A las siestas, cuando todo está pegado a esa raya que desaparece, por la curva, también he llegado a pensar en mi cabeza. No hay caso, no se la puede explicar. Ni mi cabeza ni los sueños de mi cabeza, que están igual cuando estoy por despertarme, en las casas, o cuando parece que voy a dormirme, en la orilla.

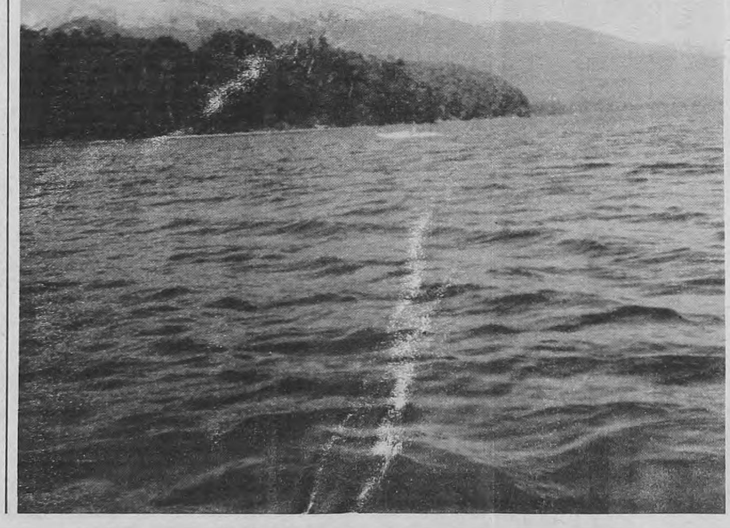
La otra vez a esa mujer la veíamos en los bailes del balneario o del Italiano. Tiraba al costado de la pista, siempre entre la sombra y la luz. Así la veían, la veíamos, con la música de fondo, en lo entreverado de las parejas. Las otras comentaban: "Siempre igual". Una, o una voz, me dijo: "A ésta, de sacar de la luz a los hombres, se le hizo costumbre" y otra: "En donde está más oscuero, alienta o mueve su cuerpo, demasiado". Llegaba el forastero que la miró cruzar la pista, entre el entrevero. Foquitos. Que miró cruzar el pelo negro, el culo. Se le fue y le dijo que era imposible, como si se le hubiera aparecido una aparición. Sin dejar tiempo a silencios ella dijo que sí. El la siguió hasta el borde de la pista y alguien, medio en la luz medio en la oscuridad, lo paró. "Vengo a pararlo", le estaba diciendo. El otro, forastero pero de otro pueblo, no del todo de afuera, le decía: "¿Por vos o por mí?". Decidieron decidirlo en el bar. El de acá, el que pude habe sido yo, le dijo que no pasara. "¿De dónde?", le preguntaba el forastero que no era de acá. El otro: "De la luz". Salieron para la pelea que siempre se está esperando, en los bailes, en lo de Arispe, y que nunca se hace.

El forastero volvió solo y cruzó la pista entre las luces, para el lugar de lo oscuro donde estaba la mujer. Afuera había ese muerto y al forastero no lo volvimos a ver. O ese sueño terminaba cuando yo sabía que el hombre, de lo oscuro, no iba a volver.

En un baile, en lo cierto, yo sé cuál es la mujer de ese sueño del que me desperté en la orilla. Me acuerdo. Arriba, se iba cerran-



# AL MAR



*Por Miguel Briante*

Morir siendo el de los botes, no. En lo de Arispe, en todos lados, el de los botes. Porque un día hacía falta y crucé. La señora dijo: es el de los botes. Hubiera dicho: es el de las inundaciones. Que no son tantas. Una por año, en todo caso y al frío y al miedo los tapan el apurón, los gritos, las ganas de salvarse a uno mismo.

No. El de los botes. Aquí ando, cruzando peones como yo, con el río como esté. Manso, aburre. El miedo es mejor. Cuando es alto, el río, y tira con fuerza, está esa esperanza: ir a parar al mar. Muerto, igual vería otra cosa, había ese olor. Habría, nunca estuve, todo más ancho, ese olor.

Me ataron al río y la caballa está corriendo sola y sin querencia por el cuadro grande. La veo, pero no hay yegua que se me arrime desde que soy el de los botes y mis botas serán de goma o no serán. Por si cualquiera quiere cruzar me lo paso solo en la orilla y a veces me voy de mí mismo, hablo con otro hablar. Me cuido pero sabe aparecer, clarito, ese alambre como gancho a la espera, entre los pilotes del puente. Gancho y clavo de un mal.

La señora manda, desde ese día, en mi cabeza. Para los botes va a ser. Así que no hay destino. Encerrado entre dos barrancas, por el agua, nada más. Sé que más arriba el río pasa a ras del campo y yendo se ven las casas, los pueblos. De acá, no. El bote y uno. El de los botes dijo la señora, y los botes con un solo bote, casi verde de abajo, sin otras señas. Hay días en que se va el día en mirarlo, en medir la tranquilidad que tiene el río para ir haciéndolo otra cosa, ni leña, y el bote viene a ser uno, que no lo cuida, como si el río ya hubiera ganado. Ni leña o huesos. Con ver el agua lamiendo ya se ve lo que va a pasar: primero un esqueleto contra la tierra de la orilla y después algo para adivinarse enre el barro y nada, al final.

Atado al río, entre las barrancas y por el agua, salgo a la mañana. Antes se mojaban las alpargatas con el pasto y así me iba despertando. Ahora, con las botas, eso que iba subiendo de la tierra ya no pasa. Camino sin sentir nada y la yegua, lejos, ya ni me ve. Mejor. Un día, ni los alambres van a hacer pie en mi fuerza, río. Derecha la yegua, hasta el olvido.

Levanto los remos como siempre y sé que en algún lugar le dicen remos a las patas. De los caballos, de las yeguas. Yo fui de ésos: rastra, dos pares de botas, corralera y de carpincho. Unas, de descarne. Ahora estas botas se tocan y hacen un ruido. Un ruido a gomas que se tocan, como de pichón caído. Pasa en lo de Arispe, cuando se está callando en el truco, vigilando las señas todos callados. Viene el chillido y todos se ríen o hasta me adivinan un siete, el as. De a pie, sería otra cosa, que nunca fui. Pero ahora soy del agua, me lo pueden decir. Ser de a caballo es algo que todavía cuenta, por aquí.

Meto el remo en el agujero, espero. Pienso en esto de ser del agua. Si fuera taxista, por lo menos, y me pasara horas en la estación o en Las Violetas, a cafecitos, mi vida no sería esta vida. Llega alguien. No lo conozco, o lo conozco pero está muy cambiado. No sé quién, un forastero. O alguna como Elena Fuentes, cuando volvió del sur para poner ese quilombo y contagiar de sífilis a medio pueblo. Alguno que toma o no toma un taxi. Pero viene, yo le veo llegar, algo cambia en la vida del pueblo y en mi vida. Pero no, yo paso siempre la misma gente por el mismo agujero. Gente a la que se les puede saber los años y cómo van a ser los años que le quedan, como al bote.

En lo de Arispe, cuando no hay truco y se habla (y casi siempre es invierno, llueve), según yo sé, es igual. Nos podríamos contar la vida para adelante, cada uno a cada uno. Digo agujero por decir el río, el fondo de toscas, los bichos que se irán. Allá da vuelta el río y se termina el mundo, para mí.

Antes ese clavo, ese gancho y clavo del que mejor no hablar.

Ahora no fumo ni con las barajas, en lo de Arispe. Desde la mañana la cabeza da vueltas.

Envido. Ni señora ni yegua ni mujer. Envido. En lo de Arispe, donde se terminan las tardes, me gusta cantarlo en voz alta. No soy malo al truco y paso a la gente de orilla a orilla. La estancia tiene el río antes de llegar al pueblo y yo paso a la gente desde hace tantos años que ni me acuerdo. Desde aquella inundación. Me gusta el blanco, otra cosa. Ando de blanco en la mitad del río con esa faja negra, la de vasco. De orilla a orilla los días entran en los días, cada viaje. También cruzo muertos, cuando les toca. A uno, lo mató el caballo. Le pegaba, el pobre, al pobre, siempre a talerazos, y un día el caballo lo volteó y le mordió el cuello. Lo mordió y lo mordió. Salió en el diario y no miento. Miraba para arriba, muerto y sin saber que cruzaba el ruido del río, que a veces pasa sin hacerse notar.

Yo los paso. Yo, que fuí peón. Ya ni hablo, o hablo con el río, mañero al oír. Los que cruzo hablan. Pero escucho, escucho. Medina, en esa sombra que le dio la ginebra, levanta pueblos. Se va a ir para siempre, qué joder, y en un lugar de nada va a meter una casa y de ahí va a salir un lugar que se llame Florencio Medina, un pueblo, y habrá nietos. Eso, en los días en que el Salado es tranquilo. Pero cuando el bote tiembla más de lo que se conoce en la costumbre, ellos tiemblan más. Se ven andando a golpes por las aguas y se verán ya lejos, como yo me miro a veces, en el mar.

Hay gente buena, al revés. Pintó en la sombra el Colorado y lo fueron trayendo de a poco. Cruz alta, patas para que el mundo no se termine nunca. Manso, a la vista, apenas si se le veía temblar el lomo, como si no se moviera. Pero dice que arriba era otra cosa. Quieto, de afuera, caballo; loco, en los huesos, sin hacerse ver. Se lo soltaron y todo lo que estaba ahí lo tuvo suelto. Pero el hombre lo pudo, al fin. Bajo, entre los gritos de la gente, en esa doma. Dijo que no. "Le gané porque me tomó cariño", dijo, "pero el premio no". Gente buena, ya se ve. Acá se contó.

Se bajan, se van yendo los ruidos de los que hablan y esté en la orilla en que esté el Salado sigue, río. Ahí, miro el agua, Yo vi pasar a un hombre atado con un alambre de púas, vaya a saber qué asunto. Iba tranquilo en la corriente, ya sin asco. Un opositor, seguro, porque hasta por aquí las cosas se saben. Se saben sin saber del todo, acá en las orillas. Son asuntos que no son de nosotros; el río viene de lejos, va. Acá todo está empezando, cuando pasa, y todo va a seguir. Hasta en lo de Arispe, donde a veces lo único despierto son las botellas. Quietas, las botellas muerden las almas, raspan más lejos de las marcas de las caras. Otro río brutal como el chancho sin cabeza viene de su manera de callar. Mirarlas, es matar el mar. Mejor no tantear esa raya. Sueños peores que acá en la orilla. Allá donde a veces lo único despierto son las botellas hay historias que empiezan y pueden terminar. En la orilla no. Aquí no y el que pasa pasa, como venga. Yo mismo me hago, a veces, que estoy pasando, con estar.

Tiemblan cuando el río tira, en las crecientes y hablan cuando no hay señal. Medina cree en boludeces. Pueblos desde la nada, nietos cruzados con estancieras, municipalidades con su nombre. El otro, Altamirano, va a lo seguro. Medina sabe que nunca se va a ir de acá y tiene atención con cada vaca, cada oveja. Altamirano pone una o dos vacas que son de él, en la parte que cuida, y ya tiene hasta para una camioneta. Yo, no. El bote. El bote, la señora que da la orden en mi cabeza me pide todos los días otra vuelta, y ya no lo miro igual. Si lo verde le gana la parte de abajo, si me lo han tocado. Marcas que ocurren en su madera. Alguien, de lo de Arispe, llega borracho antes que yo. Ahí me lo rayan, como que quieren escribir. Por eso vengo temprano.

O por los chicos, que a veces vienen a usarme el bote. Vengo temprano y a las dos horas, tres, cuando el sol pega en el río, se hunde la luz y algo viene del fondo, pegando. Lo que viene es siempre lo mismo, esas ganas de seguirlo, al río, hasta terminar. A las dos horas, tres, cae el primero. Me dicen que los cruce, como si no estuviera para eso. Les digo que para eso estoy.

Me subo al bote, empiezo con el remo. Nunca me olvido del agua que hay entre nosotros y la tierra. Los otros no hablan, pero también. De este lado y del otro y en el medio, mientras pasan las lisas, los surubíes —tiras de plata, refucilos—, un caballo sin hacer, una niebla en todo caso, respira desde la última tierra del río, ahí en la pobre arena, entre las piedras que aguantan las barrancas y llama, nos llama... Eso es lo que uno sabe. Y ellos se hacen los que no ven. De ahí mi indiferencia. Como un enano que nunca se muere andaré en el bote, manejando una sola raya, de aquí hasta ahí. He oído decir: "Callejón sin salida". Acá hay salida pero está en el mar. Pero yo cruzo el callejón de un lado a otro, una vida de andar cruzando, y nada más.

De aquí hasta ahí de ahí hasta aquí o al revés del revés. He visto cosas que dan miedo, cuando estoy solo, cuando cruzo borrachos. Más caballos que muerden a los hombres hasta matarlos, tembladerales de un lugar del que vuelve lo podrido: huesos para hacer casas, canciones nunca cantadas, historias que no dan perdón. Hemos comido palos de letrina dicen unos cantos en estos medio sueños del río, entre el agua. Las paredes de las casas están llenas de sangre, cantan las aguas y yo lo veo. Casas hechas de huesitos que se derrumban, secas de la carne. Veo y en los cantos algunas voces hablan de un dolor que no se podrá terminar. Quién arreglará nuestros días ahora, dicen los cantos, y cuando salgo es como si saliera de otro lugar, de historias que no son de acá, como las de ese hombre atado con alambres de púas, que iba para el final.

Dirán que la diferencia es que soy raro, pero si es así es del río. Del río, que hasta me hablé así. A las siestas, cuando todo está pegado a esa raya que desaparece, por la curva, también he llegado a pensar en mi cabeza. No hay caso, no se la puede explicar. Ni mi cabeza ni los sueños de mi cabeza, que están igual cuando estoy por despertarme, en las casas, o cuando parece que voy a dormirme, en la orilla.

La otra vez a esa mujer la veíamos en los bailes del balneario o del Italiano. Tiraba al costado de la pista, siempre entre la sombra y la luz. Así la veían, la veíamos, con la música de fondo, en lo entreverado de las parejas. Las otras comentaban: "Siempre igual". Una, o una voz, me dijo: "A ésta, de sacar de la luz a los hombres, se le hizo costumbre" y otra: " En donde está más oscuero, alienta o mueve su cuerpo, demasiado". Llegaba el forastero que la miró cruzar la pista, entre el entrevero. Foquitos. Que miró cruzar el pelo negro, el culo. Se le fue y le dijo que era imposible, como si se le hubiera aparecido una aparición. Sin dejar tiempo a silencios ella dijo que sí. El la siguió hasta el borde de la pista y alguien, medio en la luz medio en la oscuridad, lo paró. "Vengo a pararlo", le estaba diciendo. El otro, forastero pero de otro pueblo, no del todo de afuera, le decía: "¿Por vos o por mí?". Decidieron decidirlo en el bar. El de acá, el que pude habe sido yo, le dijo que no pasara. "¿De dónde?", le preguntaba el forastero que no era de acá. El otro: "De la luz". Salieron para la pelea que siempre se está esperando, en los bailes, en lo de Arispe, y que nunca se hace.

El forastero volvió solo y cruzó la pista entre las luces, para el lugar de lo oscuro donde estaba la mujer. Afuera había ese muerto y al forastero no lo volvimos a ver. O ese sueño terminaba cuando yo sabía que el hombre, de lo oscuro, no iba a volver.

En un baile, en lo cierto, yo sé cuál es la mujer de ese sueño del que me desperté en la orilla. Me acuerdo. Arriba, se iba cerrando una cerrazón. Así que eso lo soñé en invierno, me pasó un invierno, porque se veía la sombra en el sol. Mejor, así no veía tanto. Para cuidarme de la lluvia que estaba viniendo, y no pensar. Lo de acá, se conoce más, aunque sea cierto. Lo de mi hermano Tadeo es cierto, para mal. Yo no soñé que Tadeo empezó soñando con mujeres, de chico, cuando trabajaba conmigo en la estancia. Mi hermano Tadeo, que está internado en el Melchor Romero de La Plata, o ya estará viniendo como siempre para acá. Soñaba y soñaba hasta que escuchó al Loco Toledo, cuando el loco dejó de alquilar caballos de alquiler en el verano y empezó con eso de que iba a llegar el fin del pueblo, o del mundo, que es lo mismo, acá. "Los va a apretar el pasto", decía. "Va a crecer y crecer y los va a apretar". Iba a desaparecer, el pueblo apretado por el pasto que crecía siempre, siempre. Se fueron juntos en un arreo y cuando volvieron Tadeo estaba cambiado. Mi hermano. Toledo también. Ahora decía que el pasto se estaba acabando y que la tierra, todo, se iba a volar... "La tierra que sostiene las casas y el río que aguanta el costado de acá del pueblo en los mapas para que no se desparrame, y otras cosas que la tierra tiene apretadas como las casas que hay por ahí, por la falta de pasto, se va a volar".

De ahí que yo sepa que los sueños de por acá dan en verdad. Los del río, más. Les disparo, les disparo. Pero hay días en que el cielo o un lugar cualquiera de la tierra en las barrancas hacen un dibujo del clavo que me espera entre los pilotes del puente y entonces mejor dejarse estar. Aunque a la noche o apenas termina la tarde, ya viene la confusión de lo que es cierto y de lo que no es cierto en este cangrejal de mi cabeza con sus caballos sin terminar y sus huesitos hechos casas y ranchos de sangre o tanta voz hablando de un dolor. Cuando me acuerdo de eso me agarro de manejar el bote, miro las barrancas más arriba de donde puede estar dibujado el gancho que me espera, voy midiendo el tiempo con el sol o con los peones, según cruzan. La señora mandó, aquella vez, que ya que iba a ser el de los botes, tenía que estar de parada en este lado del río, el de la estancia. No voy a andar mirando la barranca de acá.

Así que miro la de allá enfrente, que es como mirar lo de Arispe, aunque no se vea, y más allá el pueblo, aunque no se vea. Yo sé que de ahí, de las gentes que me acuerdo, y del río, se hacen algunos sueños. Otras es del río y lo que trae, como el de los alambres de púas y su suerte de opositor. A veces, para olvidarme de esos ruidos que veo, me pongo a pensar qué podría soñar alguno del pueblo, qué podría querer olvidarse para siempre. Pero eso es mucho para mi cabeza, que ya tiene suficiente, y encima el mar, que no vi. Es más fácil, era más fácil, cuando en lo de Arispe había ventana para el lado del pueblo y en la chimenea en la que ahora que llegó la luz puso el televisor entre las llamas, uno iba pudiendo ver la historia que quería. Estaba la ventana y uno veía prenderse primero todas las luces de las calles y después las de las casas, y podía identificar. Ahora me lo tapan las barrancas, al pensamiento, o me lo retuercen con esas raíces que asoman del barro de la barranca de allá, donde hay filas de pinos, casuarinas y plantas más petisas, otra eternidad en la que me puedo caer tratando de distraerme de la cabeza: ver raíces de qué son, cada una a cada una de las que alcanzo a mirar. Y alcanza con pensar todo esto, decir más fácil era antes de que donde estuvo la ventana estuviera la estufa donde ahora brilla nada más que la televisión así las historias ya vienen contadas y no nos andamos peleando porque tal tronco sea tal cosa y tal otro tal otra de acuerdo a lo que quiere cada uno y para que no nos amarguemos apostando a ver qué tronco cae para cada qué lado y entonces si el tronco era mujer, y mujer de alguien, se encimaba al otro que podría ser uno de nosotros o el Loco Toledo. Alcanza con decir antes para que todo se complique y no haya modo, no haya modo de escapar. Puede ser media tarde o venirse el mediodía y ahí está uno con ese entrevero de figuritas. Arispe sirviendo la ginebra con ese ruido que raspa el alma, antes nomás del gusto en la garganta y el calor en los cuerpos de las gentes que están o se ve entrar a un hombre que al rato dice, por algo que ha sido dicho. "Odio los velorios. No voy a ir ni al mío". Y ya está, ya empezó como en aquel caballo quieto del hombre bueno que no quiso el premio, ya está, hay que aguantar arriba, tener de la rienda, como se dice acá.

Lo miraron, de vuelta. Ni llovía ni no llovía. Algo, una creciente que crecía, pero despacio, pasaba con el río. Lo de siempre.

"Jodido, el Salado éste. Capaz de quebrar cualquier historia", dice una voz que no se sabe.

"No la mía, que ya está", vuelve a hablar el que habló de su velorio, como si nada.

Al mirar, se veían algunas pocas cosas. su altura, no tanta, y el filo de sus manos. Nos miró.

"A mí vez tengo que mirarlos", dijo. Tristeza, cierta zanja sin fondo cruzó por el boliche, ahí. "A mi vez los miro", dijo, y siguió sin preguntarnos nada. "Ya sé que a mí me van a hacer el cajón con la manija para adentro, porque no me va a querer llevar nadies. Pero ¿qué?"

Como siempre el silencio lo manejó Arispe, con un ruido de vasos. O con el ruido de la ginebra, cayendo en la eternidad.

"Tomá", le dijo Arispe, mostrando el pulso con la copita llena como el mar. Tranquilo, ese mar. "Si podés".

Se la dejó en el mostrador. Se arrimó, el hombre. Miró fijo a la copita y un rato, como si le desconfiara. Después cruzó las manos atrás, en la espalda y bajó la cabeza.

Como en los circos; estaba haciendo una prueba, altísimo, una sola prueba. Como en los circos de antes, sin red. Dobló la cintura, puso los labios contra la copa, casi sin tocar el vidrio, serenito, delicado, sin apuro, y la ginebra empezó a bajar en la copa, pareja, tranquila y pareja como el hombre, hasta el fin. Respiramos. En la puerta, donde empezaba la noche, mientras todos volvíamos, dijo: "Me sé tomar el tiempo", y se fue.

O no fue sueño, paso. Eso es lo de estas orillas y el agua, que no se sabe. Y si fue sueño, la rienda se tiene que tener después, en el recuerdo, para ver qué fue. En lo blanco de los silencios de la cabeza, en lo que uno no agarra para no hacerse tanta hondura, queda como una resaca o fondo, que molesta, aunque no hayan estado esos cantos, los de sangre.

Hemos comido palos de letrina, las paredes de las casas son de otro color. Las voces. En la siesta no hace falta taparse los ojos para sentirlas, espesas, y es ahí cuando hay que agarrarse de cada raíz que sale de la barranca, aunque sea de gusto, aunque todo vuelva a empezar. O mirar para el pueblo, tapado por el retorcijón de las barrancas barrosas, el pueblo donde nadie podría acomodar las cosas de acordarse o de tapar.

Tapar como de caballo tapado, de esos que no se saben y ganan sin que nadie les haya jugado. De las cuadreras, habla ahora el que habla, o piensa sin dejar de pensar. Pero eso es un sueño ya viejo, una ilusión. Haber sido aquel tapado, que es un caballo al que no se le conoce el tiempo y de afuera da lento, aquel tapado que nunca se presentó. Otra vez digo que son cosas sencillas, de por acá. Lo que no es de acá, seguro, es ese clavo, gancho, entre los pilotes del puente. Porque algo, en esta sombra que no es la de otros (la ginebra o las ganas de nietos y pobladores con el nombre de uno, cosas que ya no pasan) en esta sombra, es lo de uno mismo en uno. Ese clavo entre los pilotes del puente no es de acá.

Ya se mira el final: es invierno, hace días que no para de llover. Yo veo pasar la correntada cada vez más fuerte, cada vez más fuerte. No es de minutos, ni de horas, sino como de meses, años. La miro pasar desde acá arriba de la barranca, del lado de la estancia. La veo pasar a la mañana, a la tarde, a la noche, cuando se prenden las luces del pueblo, más allá de la primera luz que es lo de Arispe.

Llueve y el bote, que está ahí abajo, justo abajo de donde estoy parado mirando, va subiendo, subiendo hasta acá. Eso es que el río crece y en poco va a llegar, del todo, la inundación. Ya no se van a ver las barrancas, primero, y después ni la luz de lo de Arispe, porque se habrán ido corridos por el agua, y después ni las luces, si ya es de noche, cuando el agua empiece a brotar del sótano de la usina y las máquinas se tengan que parar. Pero va a llegar un momento en que no me importe esperar esos momentos y baje hasta el bote.

Subo, me acomodo. Despacio, cortando sin forzar la correntada, me voy al medio del río y cuando enderezo el bote alcanzo a pensar en el mar. Lo hago ahora porque si espero la inundación las aguas ya no van a ir derechas, sino para cualquier lado. Así que encaro el medio y guardo los remos que ya no van a servir para nada. No pregunten pero no voy a querer ir sentado. Parado en la mitad del bote que está en la mitad de la correntada. Sin despedirme. Sin saber por qué de tantas cosas me acuerdo de tan pocas. Sin cantos de palos de letrina y ranchos de sangre en la cabeza.

Ahora ya está a tiro el puente, los pilotes. Abro bien las piernas, balanceando el bote, enderezándolo para pasar por el medio, justo.

En otros sueños, pero los sueños no son hijos del rigor y la palabra sueño ya da flojo, ese puente no cruza este río sino todos, y todo el mundo, y ¿el medio dónde está? Pero yo soy de acá y encaro el medio. El puente, los pilotes, se me vienen encima. Algo, cuando la sombra del puente me tapa la cabeza, cuando el puente es mi techo, ponerle, dice, con la voz de esos cantos, que le erré. Puedo acordarme del Vasco Zemboráin, en aquel carnaval de hace unos años. Había pasado el corso, había pasado el baile, le bajaba despacio la borrachera y se sentó en la plaza. Se bajó la careta. Justo, pasamos. "Chau, Zemboráin", le grité. El también gritó. "Le erraste para la mierda" gritó, finito, Zemboráin.

Le debo haber errado más de una vez, cuando estuve en el puente, entre los pilotes, pensando en tantas cosas y en el clavo, justo, no. Cuando estuve pero tranquilo. No como ahora, con la correntada, haciendo equilibrio en el bote y sintiendo que en la cabeza, de atrás de la cabeza, me enganché. No sé cómo hago al mismo tiempo para saber que eso es el clavo y abrir los brazos y agarrar un pilote de cada lado y pararme, haciendo fuerza, ahí. Fuerza con las manos contra los pilotes, con los brazos contra las manos, con las piernas contra el bote para que no se vaya solo en la correntada. Porque estoy enganchado en la punta de la tripa del cerebro y, si aflojo, mucho no voy a durar.

## S.O.L SOSTENIDO

### EN LA COSTA

• En el Teatro Auditórium de la ciudad de Mar del Plata, dentro del ciclo **Aquí... Provincia de Buenos Aires**, organizado por la Secretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, se ofrecen hoy los espectáculos **Los mirasoles**, obra teatral dirigida por Sánchez Gardel, a las 21, recital del bandoneonista y compositor **Rodolfo Mederos**, a las 23.30, y el ciclo **Homenaje al Cine Argentino**, con la proyección de films nacionales, a la 0.30.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical denominado **Mirando la casa de uno**, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• **La Banda Elástica** continúa presentando su espectáculo musical distinto y su repertorio "elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes, y lunes a las 22.

• **El resucitado**, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros, en el Teatro Re-Fa-Si,sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de la actriz Edda Díaz, los miércoles; **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábados, Lidia Catalano presenta **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves, y **Canto a mi misma**, a cargo de Perla Santalla, los domingos, se ofrecen en el Teatro del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico denominado **Perciavalle indestructible.** En el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• **Mamá**, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Giovine, protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galería de San Clemente, ubicado en Calle 1 y 3, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño.**

• En Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105, se presentan los días jueves, **Los Kelonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30

• **Gambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aída Albert y Omar Viola, con música original de Fernando Tavolaro.



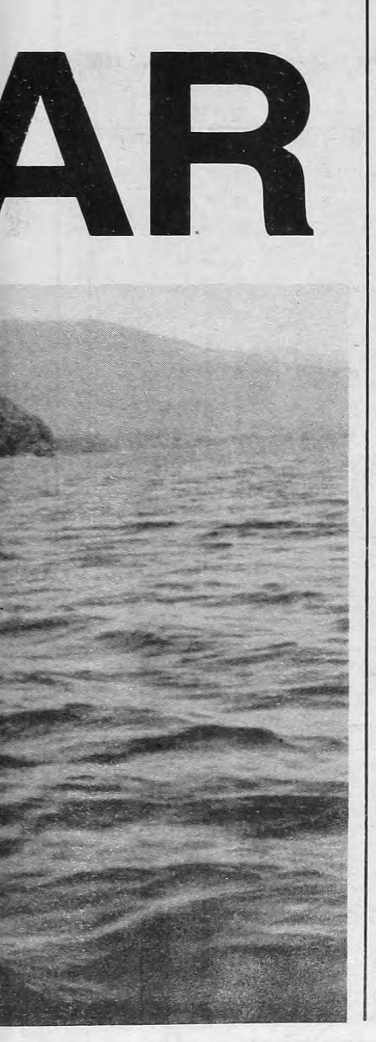

**SOSTENIDO**

**EN LA COSTA**

do una cerrazón. Así que eso lo soñé en invierno, me pasó un invierno, porque se veía la sombra en el sol. Mejor, así no veía tanto. Para cuidarme de la lluvia que estaba viniendo, y no pensar. Lo de acá, se conoce más, aunque sea cierto. Lo de mi hermano Tadeo es cierto, para mal. Yo no soñé que Tadeo empezó soñando con mujeres, de chico, cuando trabajaba conmigo en la estancia. Mi hermano Tadeo, que está internado en el Melchor Romero de La Plata, o ya estará viniendo como siempre para acá. Soñaba y soñaba hasta que escuchó al Loco Toledo, cuando el loco dejó de alquilar caballos de alquiler en el verano y empezó con eso de que iba a llegar el fin del pueblo, o del mundo, que es lo mismo, acá. "Los va a apretar el pasto", decía. "Va a crecer y crecer y los va a apretar". Iba a desaparecer, el pueblo apretado por el pasto que crecía siempre, siempre. Se fueron juntos en un arreo y cuando volvieron Tadeo estaba cambiado. Mi hermano. Toledo también. Ahora decía que el pasto se estaba acabando y que la tierra, todo, se iba a volar... "La tierra que sostiene las casas y el río que aguanta el costado de acá del pueblo en los mapas para que no se desparrame, y otras cosas que la tierra tiene apretadas como las casas que hay por ahí, por la falta de pasto, se va a volar".

De ahí que yo sepa que los sueños de por acá dan en verdad. Los del río, más. Les disparo, les disparo. Pero hay días en que el cielo o un lugar cualquiera de la tierra en las barrancas hacen un dibujo del clavo que me espera entre los pilotes del puente y entonces mejor dejarse estar. Aunque a la noche o apenas termina la tarde, ya viene la confusión de lo que es cierto y de lo que no es cierto en este cangrejal de mi cabeza con sus caballos sin terminar y sus huesitos hechos casas y ranchos de sangre o tanta voz hablando de un dolor. Cuando me acuerdo de eso me agarro de manejar el bote, miro las barrancas más arriba de donde puede estar dibujado el gancho que me espera, voy midiendo el tiempo con el sol o con los peones, según cruzan. La señora mandó, aquella vez, que ya que iba a ser el de los botes, tenía que estar de parada en este lado del río, el de la estancia. No voy a andar mirando la barranca de acá.

# AR



Así que miro la de allá enfrente, que es como mirar lo de Arispe, aunque no se vea, y más allá el pueblo, aunque no se vea. Yo sé que de ahí, de las gentes que me acuerdo, y del río, se hacen algunos sueños. Otras es del río y lo que trae, como el de los alambres de púas y su suerte de opositor. A veces, para olvidarme de esos ruidos que veo, me pongo a pensar qué podría soñar alguno del pueblo, qué podría querer olvidarse para siempre. Pero eso es mucho para mi cabeza, que ya tiene suficiente, y encima el mar, que no vi. Es más fácil, era más fácil, cuando en lo de Arispe había ventana para el lado del pueblo y en la chimenea en la que ahora que llegó la luz puso el televisor entre las llamas, uno iba pudiendo ver la historia que quería. Estaba la ventana y uno veía prenderse primero todas las luces de las calles y después las de las casas, y podía identificar. Ahora me lo tapan las barrancas, al pensamiento, o me lo retuercen con esas raíces que asoman del barro de la barranca de allá, donde hay filas de pinos, casuarinas y plantas más petisas, otra eternidad en la que me puedo caer tratando de distraerme de la cabeza: ver raíces de qué son, cada una a cada una de las que alcanzo a mirar. Y alcanza con pensar todo esto, decir más fácil era antes de que donde estuvo la ventana estuviera la estufa donde ahora brilla nada más que la televisión así las historias ya vienen contadas y no nos andamos peleando porque tal tronco sea tal cosa y tal otro tal otra de acuerdo a lo que quiere cada uno y para que no nos amarguemos apostando a ver qué tronco cae para cada qué lado y entonces si el tronco era mujer, y mujer de alguien, se encimaba al otro que podría ser uno de nosotros o el Loco Toledo. Alcanza con decir antes para que todo se complique y no haya modo, no haya modo de escapar. Puede ser media tarde o venirse el mediodía y ahí está uno con ese entrevero de figuritas. Arispe sirviendo la ginebra con ese ruido que raspa el alma, antes nomás del gusto en la garganta y el calor en los cuerpos de las gentes que están o se ve entrar a un hombre que al rato dice, por algo que ha sido dicho. "Odio los velorios. No voy a ir ni al mío". Y ya está, ya empezó como en aquel caballo quieto del hombre bueno que no quiso el premio, ya está, hay que aguantar arriba, tener de la rienda, como se dice acá.

Lo miraron, de vuelta. Ni llovía ni no llovía. Algo, una creciente que crecía, pero despacio, pasaba con el río. Lo de siempre.

"Jodido, el Salado éste. Capaz de quebrar cualquier historia", dice una voz que no se sabe.

"No la mía, que ya está", vuelve a hablar el que habló de su velorio, como si nada.

Al mirar, se veían algunas pocas cosas. su altura, no tanta, y el filo de sus manos. Nos miró.

"A mí vez tengo que mirarlos", dijo. Tristeza, cierta zanja sin fondo cruzó por el boliche, ahí. "A mi vez los miro", dijo, y siguió sin preguntarnos nada. "Ya sé que a mí me van a hacer el cajón con la manija para adentro, porque no me va a querer llevar nadies. Pero ¿qué?"

Como siempre el silencio lo manejó Arispe, con un ruido de vasos. O con el ruido de la ginebra, cayendo en la eternidad.

"Tomá", le dijo Arispe, mostrando el pulso con la copita llena como el mar. Tranquilo, ese mar. "Si podés".

Se la dejó en el mostrador. Se arrimó, el hombre. Miró fijo a la copita y un rato, como si le desconfiara. Después cruzó las manos atrás, en la espalda y bajó la cabeza.

Como en los circos; estaba haciendo una prueba, altísimo, una sola prueba. Como en los circos de antes, sin red. Dobló la cintura, puso los labios contra la copa, casi sin tocar el vidrio, serenito, delicado, sin apuro, y la ginebra empezó a bajar en la copa, pareja, tranquila y pareja como el hombre, hasta el fin. Respiramos. En la puerta, donde empezaba la noche, mientras todos volvíamos, dijo: "Me sé tomar el tiempo", y se fue.

O no fue sueño, paso. Eso es lo de estas orillas y el agua, que no se sabe. Y si fue sueño, la rienda se tiene que tener después, en el recuerdo, para ver qué fue. En lo blanco de los silencios de la cabeza, en lo que uno no agarra para no hacerse tanta hondura, queda como una resaca o fondo, que molesta, aunque no hayan estado esos cantos, los de sangre.

Hemos comido palos de letrina, las paredes de las casas son de otro color. Las voces. En la siesta no hace falta taparse los ojos para sentirlas, espesas, y es ahí cuando hay que agarrarse de cada raíz que sale de la barranca, aunque sea de gusto, aunque todo vuelva a empezar. O mirar para el pueblo, tapado por el retorcijón de las barrancas barrosas, el pueblo donde nadie podría acomodar las cosas de acordarse o de tapar.

Tapar como de caballo tapado, de esos que no se saben y ganan sin que nadie les haya jugado. De las cuadreras, habla ahora el que habla, o piensa sin dejar de pensar. Pero eso es un sueño ya viejo, una ilusión. Haber sido aquel tapado, que es un caballo al que no se le conoce el tiempo y de afuera da lento, aquel tapado que nunca se presentó. Otra vez digo que son cosas sencillas, de por acá. Lo que no es de acá, seguro, es ese clavo, gancho, entre los pilotes del puente. Porque algo, en esta sombra que no es la de otros (la ginebra o las ganas de nietos y pobladores con el nombre de uno, cosas que ya no pasan) en esta sombra, es lo de uno mismo en uno. Ese clavo entre los pilotes del puente no es de acá.

Ya se mira el final: es invierno, hace días que no para de llover. Yo veo pasar la correntada cada vez más fuerte, cada vez más fuerte. No es de minutos, ni de horas, sino como de meses, años. La miro pasar desde acá arriba de la barranca, del lado de la estancia. La veo pasar a la mañana, a la tarde, a la noche, cuando se prenden las luces del pueblo, más allá de la primera luz que es lo de Arispe.

Llueve y el bote, que está ahí abajo, justo abajo de donde estoy parado mirando, va subiendo, subiendo hasta acá. Eso es que el río crece y en poco va a llegar, del todo, la inundación. Ya no se van a ver las barrancas, primero, y después ni la luz de lo de Arispe, porque se habrán ido corridos por el agua, y después ni las luces, si ya es de noche, cuando el agua empiece a brotar del sótano de la usina y las máquinas se tengan que parar. Pero va a llegar un momento en que no me importe esperar esos momentos y baje hasta el bote.

Subo, me acomodo. Despacio, cortando sin forzar la correntada, me voy al medio del río y cuando enderezo el bote alcanzo a pensar en el mar. Lo hago ahora porque si espero la inundación las aguas ya no van a ir derechas, sino para cualquier lado. Así que encaro el medio y guardo los remos que ya no van a servir para nada. No pregunten pero no voy a querer ir sentado. Parado en la mitad del bote que está en la mitad de la correntada. Sin despedirme. Sin saber por qué de tantas cosas me acuerdo de tan pocas. Sin cantos de palos de letrina y ranchos de sangre en la cabeza.

Ahora ya está a tiro el puente, los pilotes. Abro bien las piernas, balanceando el bote, enderezándolo para pasar por el medio, justo.

En otros sueños, pero los sueños no son hijos del rigor y la palabra sueño ya da flojo, ese puente no cruza este río sino todos, y todo el mundo, y ¿el medio dónde está? Pero yo soy de acá y encaro el medio. El puente, los pilotes, se me vienen encima. Algo, cuando la sombra del puente me tapa la cabeza, cuando el puente es mi techo, ponerle, dice, con la voz de esos cantos, que le erré. Puedo acordarme del Vasco Zemboráin, en aquel carnaval de hace unos años. Había pasado el corso, había pasado el baile, le bajaba despacio la borrachera y se sentó en la plaza. Se bajó la careta. Justo, pasamos. "Chau, Zemboráin", le grité. El también gritó. "Le erraste para la mierda" gritó, finito, Zemboráin.

Le debo haber errado más de una vez, cuando estuve en el puente, entre los pilotes, pensando en tantas cosas y en el clavo, justo, no. Cuando estuve pero tranquilo. No como ahora, con la correntada, haciendo equilibrio en el bote y sintiendo que en la cabeza, de atrás de la cabeza, me enganché. No sé cómo hago al mismo tiempo para saber que eso es el clavo y abrir los brazos y agarrar un pilote de cada lado y pararme, haciendo fuerza, ahí. Fuerza con las manos contra los pilotes, con los brazos contra las manos, con las piernas contra el bote para que no se vaya solo en la correntada. Porque estoy enganchado en la punta de la tripa del cerebro y, si aflojo, mucho no voy a durar.

• En el Teatro Auditórium de la ciudad de Mar del Plata, dentro del ciclo **Aquí... Provincia de Buenos Aires**, organizado por la Secretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires, se ofrecen hoy los espectáculos **Los mirasoles**, obra teatral dirigida por Sánchez Gardel, a las 21, recital del bandoneonista y compositor **Rodolfo Mederos**, a las 23.30, y el ciclo **Homenaje al Cine Argentino**, con la proyección de films nacionales, a la 0.30.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical denominado **Mirando la casa de uno**, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• **La Banda Elástica** continúa presentando su espectáculo musical distinto y su repertorio "clásico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes, y lunes a las 22.

• **El resucitado**, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros, en el Teatro Re-Fa-Si, sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de la actriz Edda Díaz, los miércoles; **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábados, Lidia Catalano presenta **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves, y **Canto a mi misma**, a cargo de Perla Santalla, los domingos, se ofrecen en el Teatro del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico denominado **Perciavalle indestructible.** En el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• **Mamá**, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Giovine, protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miercoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galería de San Clemente, ubicado en Calle 1 y 3, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño.**

• En Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105, se presentan los días jueves, **Los Kelonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30

• **Gambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aída Albert y Omar Viola, con música original de Fernando Tavolaro.

MARIO LEVRERO

# LA BANDA DEL CIEMPIES

## 17. Crece la tensión internacional

Cuando Angus se despidió de Betty en la puerta lateral del *night-club*, echó a andar lenta y pesadamente hacia su propio coche, estacionado a la vuelta de la esquina: andaba un poco como borracho, y percibía su propia mente a punto de declararse en huelga. Manejó en forma automática, sin rumbo fijo.

Su hogar estaba destruido; si bien es cierto que hacía tiempo que tenía crecientes dificultades con su esposa, a causa de los celos patológicos de ella, en ningún momento había considerado la posibilidad de deshacer su matrimonio; ahora, después que ella lo había visto dirigirse al camarín de una *strip-teaser* portando un enorme ramo de rosas rojas, no podía siquiera pensar volver a su casa; Lucy sencillamente lo mataría. Para colmo, acababa de nacer en él un amor apasionado por una mujer casi imposible, insertada en una portentosa Organización criminal; y en cuanto a los sentimientos de Betty, ni siquiera ella misma sabía a qué atenerse: creía amar a Angus, pero amaba también a la pequeña vendedora de violetas. Se habían despedido sin convenir concretamente una próxima cita; ambos tenían que poner muchas cosas en orden dentro de sí mismos.

Pero el anonadamiento de Angus tenía una causa más poderosa; algo parecido al miedo.

Casi no cabía en su mente la idea de que la Banda del Ciempiés era apenas un minúsculo apéndice de una Organización mucho más vasta, que Betty consideraba omnipotente; no podía concebir que ellos se rieran de Carmody Trailler y de su extraordinario equipo de detectives. Sin embargo, las palabras de Betty habían calado hondo en su espíritu, y estaba íntimamente convencido de que las cosas eran tal y como ella había dicho. La niña no había sido raptada por temor de que contratara a Carmody, sino por motivos ignotos; Betty la había salvado, arriesgando la vida, mientras Carmody Trailler había desaparecido sin dejar rastros. El mismo, Angus, había tenido graves fallas como detective; ofuscado por sus problemas personales, había descuidado montones de detalles, como la ineficacia de su disfraz, la presencia de Lucy en el *night-club*, los coches que seguían a la camioneta de Betty. No era ningún cobarde, pero en ese momento sentía miedo, un miedo casi metafísico; había caído la imagen de su ídolo, Carmody Trailler, y la Organización que había pretendido enfrentar se le apareció ahora como un monstruo de dimensiones cósmicas.

Cuando se cansó de dar vueltas al azar, fue a un hotel y se inscribió con el primer nombre falso que le vino a la mente: A. Wakefield. Desde su habitación, llamó por teléfono a John Adams, para decirle que se tomaría una licencia, por tiempo indeterminado, alegando razones de salud. John lo atendió muy excitado y casi no escuchó lo que Angus intentaba decirle; había recibido un telegrama, en clave, de Carmody Trailler, desde Londres. En él, pedía que se suspendieran todas las acciones hasta nuevo aviso, y aclaraba que los colaboradores seguirían cobrando normalmente sus sueldos. A John le parecía todo muy extraño, pero lo único que pensó Angus fue que Betty le había dicho la verdad. Apenas colgó el tubo del teléfono, Angus se sumergió en un sueño profundo; sólo deseaba borrarse del mundo por un tiempo.

La irónica nota que acompañaba el rechazo del gobierno chino a la nota de protesta norteamericana tuvo una respuesta casi previsible: el gobierno norteamericano secuestró al embajador chino y lo sometió a un tratamiento similar al sufrido por el embajador norteamericano en China, con algunas variantes; entre ellas, un cambio de sexo. En efecto: al embajador chino se le extirparon los órganos masculinos externos, se le practicó una abertura en forma de vagina y se le inyectaron siliconas de modo de proveerlo de vistosos pechos de mujer; se le dio un tratamiento hormonal en consecuencia, y apenas cicatrizaron las heridas de las operaciones el propio presidente se encargó, en persona, de desflorar su artificial virginidad. Luego se le vistió con ropas de mujer y se le envió a su país de origen, portando una nueva nota de protesta.

La reacción de los chinos no se hizo esperar mucho tiempo, y fue atroz.

*(Próximo episodio: "Carmody Trailler en Inglaterra").*



JUEGOS

# ENIGMA LOGICO

## Embrollos vía aérea

**Cinco envíos viajaron en bodegas refrigeradas, pero no fueron correctamente entregados. Deduzca qué compañía aérea transportó cada cosa, quién era el remitente y quién recibió el paquete equivocado.**

1. **El jardinero recibió lo enviado por Pan Am.**
2. **Cuando el chef abrió la caja, se sorprendió al ver que, en vez de quesos, contenía lo enviado por el granjero.**
3. **El marido de la embarazada despachó las fresas, pero ella recibió lo que viajó por Iberia.**
4. **El biólogo entabló juicio a Lufthansa por equivocar la entrega de su envío.**
5. **El arqueólogo quedó perplejo cuando supo que su envío había ido a parar a un museo.**
6. **La actriz se enfureció al recibir una partida de vacunas contra la rabia.**
7. **El granjero no fue el que despachó los tulipanes ni tampoco el que utilizó los servicios de Alitalia.**

**(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)**

| | | COMPAÑIA | | | | | REMITENTE | | | | | RECIBIO | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Air France | Alitalia | Iberia | Lufthansa | Pan-Am | Arqueólogo | Biólogo | Director | Granjero | Marido | Actriz | Chef | Embarazada | Jardinero | Museo |
| ENVIO | Fresas | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Quesos | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Fósiles | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Tulipanes | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Vacunas | | | | | | | | | | | | | | | |
| RECIBIO | Actriz | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Chef | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Embarazada | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Jardinero | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Museo | | | | | | | | | | | | | | | |
| REMITENTE | Arqueólogo | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Biólogo | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Director | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Granjero | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Marido | | | | | | | | | | | | | | | |

| ENVIO | COMPAÑIA | REMITENTE | RECIBIO |
|---|---|---|---|
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

# SOPA LUMINOSA

**Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:**

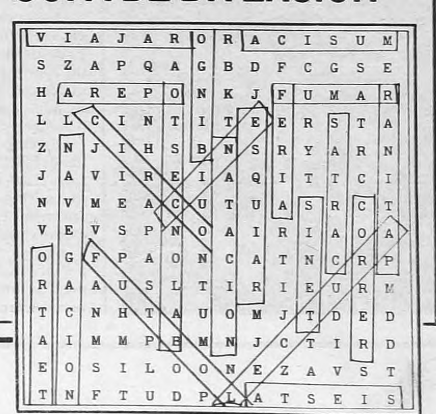
ANTORCHA
BOMBILLA
CANDIL
CERILLAS
COHETE
CHISPA
ESTRELLAS
FAROLA
FOCO
FOGATA
FOGONAZO
HACHA
LAMPARA
LINTERNA
LUNA
MECHERO
RELAMPAGO
SOL
TEA
VELA

| | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| A | M | G | T | E | R | T | H | C | A | T | Z | E | L |
| L | A | R | G | A | A | H | C | A | H | E | H | E | R |
| A | E | Z | A | H | C | R | O | T | N | A | S | C | A |
| Z | S | C | E | R | I | L | L | A | S | T | E | F | R |
| E | T | O | S | N | C | S | P | G | E | A | F | D | O |
| O | R | H | F | A | H | O | C | O | F | N | A | R | R |
| R | E | E | O | L | I | L | G | F | C | R | R | N | G |
| E | L | T | G | S | S | A | Y | S | A | E | O | A | R |
| H | L | E | O | R | P | V | I | P | N | T | L | O | V |
| C | A | O | N | M | A | A | M | C | D | N | A | V | I |
| E | S | S | A | E | J | A | I | S | I | I | E | Q | U |
| M | A | L | Z | C | L | U | N | A | L | L | Z | O | R |
| S | E | B | O | M | B | I | L | L | A | A | O | M | A |
| R | F | R | A | N | I | M | P | E | R | I | S | A | D |

## SOLUCIONES

### ENIGMA LOGICO

**Alan, Laz, UZI, CIA.**
**Brice, Danger, CIA, Sureté.**
**Caín, Mortipher, Sureté, UZI.**
**Lugger, Carballo, MI 5,KGB.**
**Thor, O'Micida, KGB, MI 5.**



### SOPA DE DIVERSION

| | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| V | I | A | J | A | R | O | R | A | C | I | S | U | M |
| S | Z | A | P | Q | A | G | B | D | F | C | G | S | E |
| H | A | R | E | P | O | N | K | J | F | U | M | A | R |
| L | L | C | I | N | T | I | T | E | E | R | S | T | A |
| Z | N | J | I | H | S | B | N | S | R | Y | A | R | N |
| J | A | V | I | R | E | I | A | Q | I | T | T | C | I |
| N | V | M | E | A | C | U | T | U | A | S | R | C | T |
| V | E | V | S | P | N | O | A | I | R | I | A | O | A |
| O | G | F | P | A | O | N | C | A | T | N | C | R | P |
| R | A | A | U | S | L | T | I | R | I | E | U | R | M |
| T | C | N | H | T | A | U | O | M | J | T | D | E | D |
| A | I | M | M | P | B | M | N | J | C | T | I | R | D |
| E | O | S | I | L | O | O | N | E | Z | A | V | S | T |
| T | N | F | T | U | D | P | L | A | T | S | E | I | S |